

Freud y la determinación de los sexos

INTRODUCCIÓN

 Este trabajo intenta exponer la problemática de la diferencia sexual en la sociedad contemporánea. La lectura de Freud nos permite observar el cambio de enfoque teórico experimentado durante la segunda mitad del siglo XX, luego de que su teoría tuvo una influencia determinante en las décadas anteriores. Aún hoy las ideas freudianas tienen un valor, sin embargo, se han producido múltiples críticas de diversas pensadoras feministas contemporáneas, quienes han pretendido revisar las categorías que han delimitado la tradición feminista.

En términos generales, el feminismo nos remite a la reflexión sobre la mujer iniciada en los años setenta y, más específicamente, los ochenta del siglo pasado. En este contexto parece que la tradición feminista de corte igualitarista sufre cambios de rumbo teórico. Judith Butler, Teresa de Lauretis y Beatriz Preciado, entre muchas otras, han desplegado su pensamiento a este respecto.

Como se verá más adelante, la diferencia sexual es sólo un reflejo del problema, aún mayor, de las fronteras entre la naturaleza y la cultura.

FREUD Y LA DIFERENCIA SEXUAL

La postura de Sigmund Freud sobre las diferencias entre hombres y mujeres, parece demasiado ambivalente como para adoptarla en su totalidad.

Respecto a este tema (tan delicado, pues sobre él habría que fundar la explicación sobre la psicogénesis de la homosexualidad), el autor realizó continuas modificaciones de sus ideas; así lo revelan las múltiples anotaciones que agregó a lo largo de los años a *Tres ensayos de teoría sexual*.

El pensamiento de Freud acerca de la diferencia sexual se halla en la noción contemporánea que plantea el asunto en términos de géneros a diferencia de sexos. Para Freud no existe distinción conceptual, pues el desarrollo normal del ser humano depende ampliamente de su conformación anatómica.

Así, en *Tres ensayos...*, se habla de quimismo. En la edición de 1920, no obstante su teoría, ya presuponía la existencia de sustancias que determinaban el comportamiento sexual; Freud reformuló muchos de sus argumentos a partir de los nuevos descubrimientos en bioquímica. En 1925, cuando escribe *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos*, profundiza sobre el proceso de bifurcación que opera entre los sexos, al descubrir la conformación anatómica del sexo opuesto, en cierta manera, hace consciente la propia. Esta pequeña obra tiene especial importancia, puesto que ahonda en la relación de lo físico y psíquico del ser humano.

No sé es, pues, naturalmente hombre o mujer, sino a través de un proceso que concluirá con la prosecución del objeto y meta sexuales considerados normales. Esto se refiere, finalmente, a la condición primitiva bisexual. En la primera parte de los *Tres ensayos...*, Freud rechaza las ideas de Ulrichs, quien pretendía una condición bisexual con fundamentos fisiológicos y una clasificación natural de las expresiones homosexuales. Es decir, el uranismo consiste en el estado de un hombre que posee psique de mujer.



Por lo tanto, para nuestro autor el sexo femenino se conforma a partir de una especie de añoranza del órgano masculino, a consecuencia de ello, la niña envidia el sexo opuesto. Configura sus relaciones sociales de manera bastante fortuita, a partir de un nuevo encaminamiento de sus pulsiones: su objeto modelo será su padre; sentirá cierta simpatía hacia su madre que al igual que ella fue efectivamente castrada (no como el niño que sólo sufre la amenaza de la castración). Este camino conducirá a la niña desde su masculinidad inicial (más bien desde su indiferenciación, pero Freud así lo menciona), hasta la femineidad. Es el largo recorrido desde el clítoris hasta la vagina en la activación de la zona genital.

Sin embargo, esta explicación dejará inconforme a más de una feminista, ya que parece ocultar un hecho relevante. La asignación de los roles sexuales parece, al

leer a Freud, algo determinado por la naturaleza en su articulación perfecta con la cultura.

Esta alianza naturaleza-cultura es exterior a la serie de relaciones sociales de exclusión, necesarias dentro de un sistema productivo. Así es como nos damos cuenta de que, a partir de la constante anatómica, no es posible explicar la determinación de los sexos. En palabras de Otto Rank:

El desarrollo de la dominación paternal en un sistema estatal cada vez más poderoso, administrado por el hombre es, así, una continuación de la represión original, que tenía como propósito la exclusión cada vez más amplia de la mujer. (Rank, 1929; citado en Marcuse, 2003)

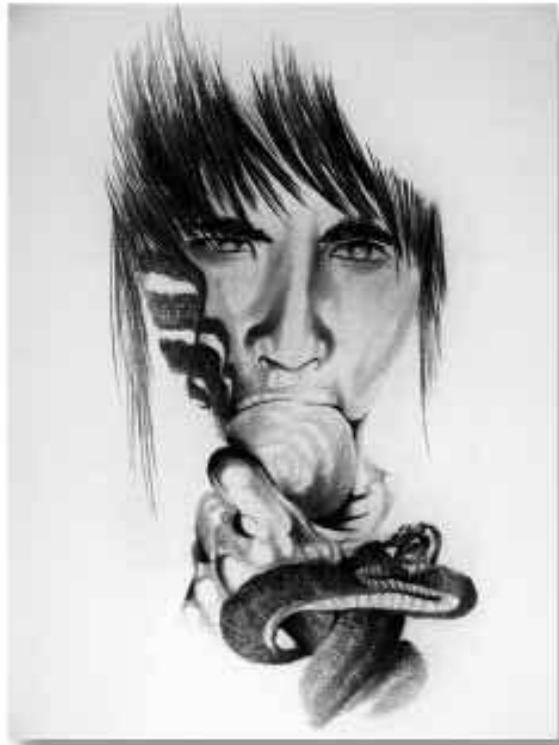
Algunas feministas podrían explicar que las relaciones de los llamados sexos son demasiado dinámicas y determinadas de muchas maneras (existen demasiados factores involucrados), que no es posible encontrar explicación a la manera planteada por Freud. El análisis freudiano, demasiado positivista aún, no atiende el carácter histórico del problema de la determinación de los sexos, por lo que la naturaleza de éste siempre permanece oscuro. Esto se entiende si analizamos la noción freudiana de *sexos*, la cual reafirma la impresión de inmutabilidad (no dinamismo).

El carácter ahistórico del análisis freudiano se observa claramente al leer el mito del padre original y la horda primitiva, que distingue algunos de los principales aspectos de su psicología (parricidio, amenaza de castración), así como de su metapsicología (introyección, culpa). Si bien es cierto que Freud sólo supone el estudio de la cultura occidental, seducido por la idea de la validez universal de sus teorías, se aventura más allá de los límites históricos permisibles.

El problema que nos ocupa se liga al asunto de la desexualización del cuerpo, es decir, al tránsito, a la genitalidad: el hombre es forzado mediante diversas “tecnologías” a abandonar su erotismo polimorfo por una sexualidad de carácter genital-teleológica. El concepto “tecnología” es para Freud, un proceso natural y necesario del desarrollo del hombre en la cultura.

Al hablar de desexualización nos referimos a la resignificación del cuerpo dentro de un espacio cultural determinado, aunque no el único. Al respecto, Marcuse habla de una sublimación sin represión excedente, esto implica —al menos en parte—, la resignificación del cuerpo centralizado en sus funciones pero ignorado para la gratificación posible.

Freud parece vislumbrar que la determinación sexual se encuentra ligada a muchos factores, entre ellos la situación histórico-económica (así que la anatomía juega un papel más bien legitimador), pero se pierde al conceder demasiada importancia a la cuestión anatómica. De ser esto cierto, el carácter dinámico de las relaciones de género no sería posible y, más aún, la psicogénesis de la homosexualidad perdería el fundamento necesario, pues ésta sería el resultado de la deficiente resolución del complejo de Edipo derivado de



un encuentro cercano con el sexo opuesto que, según la teoría freudiana, provoca cierto desprecio o indiferencia.

Finalmente, Freud olvida el dinamismo de la sociedad en la que participamos y, al mismo tiempo, imposibilita su pretendida determinación.

CONCLUSIONES

Referirnos a las diferencias entre los sexos y pretender resolverlas significa la dificultad de entender las relaciones y límites propios de la naturaleza y la cultura. Para Freud, éstos se complementan de una manera que hoy nos puede parecer sospechosa, pero de la cual no podemos negar sus logros, puesto que se trata de una articulación notoriamente, aunque no suficientemente, compleja.

La afirmación de la alianza naturaleza-cultura y el análisis ahistórico de las determinaciones sexuales consiste más bien en una legitimación del sistema de géneros y de la opresión normalizadora que éste ejerce. Por eso, el concepto “tecnología de género” resulta importante porque pretende romper la alianza naturaleza-cultura.

El problema de la determinación de los sexos no puede ser reducido a su dimensión anatómica; se busca la comprensión de los particulares correspondientes, es decir, individuos (hombres o mujeres) de carne y hueso.

Este análisis debe incluir el estudio de los factores históricos dentro de un modelo de producción cambiante, lo cual implica la continua variación de significación del cuerpo, dentro de la desexualización o resignificación inicial. Por lo tanto, reafirmamos la tesis de Marcuse en tanto que es posible la resignificación de las relaciones humanas y de producción (erotización de éstas) dentro de un límite permitido por las necesidades productivas. Esta resignificación se confirma si observamos el tránsito de una época caracterizada por la exclusión prácticamente indiferenciada a la inclusión necesaria de los grupos marginales. LC

BIBLIOGRAFÍA

Freud, Sigmund (1996), *Tres ensayos de teoría sexual*, Argentina, Amorrortu.

_____ (1996), *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos*, Argentina, Amorrortu.

Marcuse, Herbert (2003), *Eros y civilización*, Barcelona, Ariel.

Nubiola, Jaime, J. N. (2000), *Esencialismo, diferencia sexual y lenguaje* [versión electrónica], *Humanitas*, XXIII, 155-187.